

quien, desde una lejanía de milenios, recuerda la importancia de que cada cual vele, más que por sus intereses, por llegar a ser más bueno y más sabio; también le permiten aceptar la sabiduría oriental: "para dar un salto adelante es preciso retroceder antes, a fin de cobrar el imprescindible impulso".

En andante o en molto vivace, es común a ambas lúcidas entregas un canto de fe no elaborado *sino vivo*. Lo es también a Elsa, protagonista de *Las leyes de la noche* (1958) quien, aunque dolorida, deshecha, marcha "con la cabeza alta, como embriagada por la invulnerable riqueza de quien lo había perdido todo".

CELIA ZARAGOZA.

<https://doi.org/10.29393/At401-88LSCM10088>

La Sospecha, de FRIEDRICH DÜRRENMATT.
Compañía General Fabril Editora, B. Aires, 1962

En su última novela, *La Sospecha*, el autor suizo Friedrich Dürrenmatt vuelve a presentar el tema que parece inquietarle preferentemente: el de la Justicia. Este mismo tema ha sido desarrollado, aunque con enfoques diversos, en novelas anteriores, como *La Promesa*, *El Juez y su Verdugo*, *El Desperfecto*, y también en piezas teatrales, como *La Visita de la Anciana Dama*.

En *La Sospecha*, el conflicto moral se entabla en un plano casi abstracto: por una parte, está la Ley, encarnada en la figura del viejo inspector de policía Bärlach; por otra, el Espíritu del Mal, personificado por un ex médico de un campo de concentración nazi.

El comisario Bärlach yace postrado en la cama de una clínica. Sufre de un cáncer que le ha sido extirpado, pero él comprende que ha llegado al final. Sin embargo, a pesar de su enfermedad y las consecuencias morales de ésta, su fe en los valores tradicionales de Occidente, por los que luchó su vida entera —cristianismo, justicia, tolerancia, humanismo, amor al prójimo— no se ve menguada. Por el contrario, la "sospecha" de la presencia de un criminal de guerra en Suiza, despierta en él la indignación propia del hombre de justicia. "Debe hacerse justicia. La ley es la ley" —continúa siendo su lema. Y no vacila en planear la captura del sádico cirujano que acostumbraba a practicar entre los prisioneros del campo, operaciones en el abdomen sin aplicarles anestesia. Con la ayuda de un extraño personaje que se hace llamar Gulliver (que no es otro que el Judío Errante), ahora un hombre muerto para la vida civil luego de haber pasado por todos los campos de concentración de Europa, Bärlach ubica al famoso doctor Emmenberger, el criminal que, una vez finalizada la guerra, había conseguido refugiarse tras la máscara de un respetable director de un sanatorio de lujo, donde podía continuar con tranquilidad sus prácticas sadistas.

Al igual que la mayoría de las novelas que conocemos de Dürrenmatt, *La Sospecha*, está armada como una narración policial. Pero al carecer de la maestría de una Agatha Christie o de un S. S. Van Dine, el autor suizo,

se desquita incorporando muchas ideas en sus libros, fabricando cuentos filosóficos a lo Voltaire, parábolas y alegorías, en otras palabras, reemplazando la acción y las peripecias propias del género policial puro por disertaciones morales y debates filosóficos. En el caso de *La Sospecha*, la segunda parte del libro se convierte en un apólogo teológico, cuyo contenido intentaremos analizar más adelante.

Retornemos a la trama central.

Bärlach, que ha ubicado a Emmenberger, se hace trasladar a su sanatorio, con el fin de enfrentarse a él, hacerle confesar sus culpas y cumplir con la justicia.

Descubre que Emmenberger es el hombre entregado al Mal Absoluto. Sólo existe para él la materia, que es a un tiempo fuerza y masa, un todo inimaginable y una esfera que podemos "circunvalar, palpar como una bola, sobre la cual vivimos y que nos transporta a través del aventurero vacío del espacio". Su existencia le da derecho de hacer lo que se le antoja. Para Emmenberger es insensato creer en la materia y, al mismo tiempo, en un humanismo; sólo se puede creer en el yo. No existe justicia alguna (¿cómo podría ser justa la materia!); sólo existe la libertad. "La libertad es el valor de delinquir —dice—, pues ella misma es delito".

Emmenberger vive para torturar a su prójimo, porque de ese único modo siente realizarse.

"Yo osé ser yo mismo y nada más que eso —afirma—. Yo me entregué a lo que me haría libre: al crimen y a la tortura, pues cuanto mato a un ser humano, cuando me sitúo al margen de todo orden humano instituido por nuestra debilidad, me libero, me convierto sólo por un instante en algo monstruoso en intensidad como la materia, tan poderoso como ella, y en los alaridos que escapan de las bocas abiertas y en el tormento que reflejan los ojos vidriosos sobre los cuales me inclino, en esa cara trémula, impotente, blanca que se abre bajo mi bisturí, veo mi triunfo, y mi libertad, y nada más que eso".

Frente a Emmenberger se encuentra el anciano comisario, prisionero suyo y emplazado por él a morir del mismo modo que todas sus víctimas. Pero el médico, diabólicamente, decide darle una oportunidad de salvarse de la tortura y de la muerte.

"Veamos cuál es mi fe —le propone a Bärlach— y pongámosla sobre el platillo de la balanza, y una vez colocada en el otro su fe, veamos cuál de los dos posee la fe más grande: el nihilista, como usted me designa, o el cristiano".

Pero Bärlach, el que ha ido por su propia voluntad a la boca del lobo en nombre de la justicia y de los valores cristianos, el eterno defensor del amor al prójimo, el defensor de la ley, calla.

"Muéstreme su fe —le pide nuevamente el médico—. Déme una contestación. Diga algo. Usted es cristiano, fue bautizado. Diga: "Yo creo en Cristo, en el Hijo de Dios", con certidumbre, con una fuerza que supera la fe en la materia de un infame asesino, así como la luz del sol supera al pobre destello de una luna invernal".

Pero Bärlach continúa en silencio.

"Su fe —vocifera el asesino—. Usted debe demostrarme que tiene una fe tan grande como la mía. La fe en el bien será al menos tan poderosa como la fe en el mal".

El anciano permanece mudo. Y continuará así hasta el final.

¿Cómo puede interpretarse ese silencio? ¿Acaso su fe en el Bien no supera a la fe de Emmenberger en el Mal?; por lo tanto, no se siente capaz de luchar contra él y, peor aún, de aprovechar esa oportunidad que el demonio le da para salvar su vida? Hombre honesto, Bärlach lo reconoce con su silencio. Cree en la justicia y en la humanidad a quien sirve esa justicia, cree en el Bien, cree en los valores cristianos, pero *no cree lo suficiente* como para tener derecho a aplicar la ley a un criminal que se sale por completo de todos los márgenes que encierran al criminal común (En esta segunda parte de la novela, ambos personajes —Bärlach y Emmenberger— parecen descarnarse y pasar a convertirse en verdaderas abstracciones). Bärlach comprende que para luchar contra el Demonio, es necesario ser más que un hombre, es necesario ser un Santo. Pero Bärlach, a pesar de su bondad natural, está lejos de ser un Santo. Él comprende que sólo es —y lo ha sido toda su vida— un humilde aplicador de una ley fría, una ley humana, rígida, una ley fabricada para delincuentes comunes y no para encarnaciones del Mal Absoluto. Él es un simple comisario de policía, eterno perseguidor de rateros y delincuentes vulgares. ¿De qué sirven los códigos legales suizos contra el Demonio? Más todavía, ¿puede un hombre que no está totalmente libre de pecado actuar contra el Demonio? Y si lo hace, ¿en nombre de qué lo haría? ¿En nombre de una fe que comprende débil dentro de su espíritu?

Bärlach no habla. Definitivamente, no tiene derecho a actuar contra Emmenberger, tampoco tiene derecho a salvar su vida apelando a una fe que no es fuerte en él. Será entonces el judío Gulliver quien hará justicia dando muerte al asesino, porque él es el único que tiene derecho a hacerlo. No es precisamente un Santo, carece de una fe poderosa para enfrentarla a la del médico, pero sí es un hombre que sufrió realmente. "Hay más infiernos que los nueve cantados por Dante, quien no estuvo en ninguno" —declara el ex concentracionario. Y Bärlach, como el Dante, tampoco estuvo en ninguno de los nueve infiernos de la Divina Comedia; en cambio, Gulliver *había sido operado sin anestesia por el propio Emmenberger, el cirujano sádico de Stutthof.*

CARLOS MORAND.

Los cuatro grandes de la literatura chilena, de ALONE.

Nascimento, 1963

Aunque la literatura chilena, como la de sus hermanas americanas, tiene sólo más de un siglo de existencia y sus cultivadores no son muy numerosos, no es tarea fácil seleccionar a los "cuatro grandes" de ella. Es lo que ha hecho el crítico "Alone" (Hernán Díaz Arrieta), al entregarnos su obra titulada *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo xx* (Editorial Zig-Zag, 1963).